

Hacia una «poética del sacrificio» en María Zambrano*

Un mediador es el que percibe en sí mismo lo divino y se sacrifica, negándose a sí mismo, para anunciar, comunicar y presentar lo divino a todos los hombres mediante sus costumbres y sus actos, sus palabras y sus obras. Si este esfuerzo fracasa, es que lo que ha sido percibido no era divino, o era inadecuado. Mediatizar, estar mediatizado, es la vida superior del hombre, y cada artista es mediador para todos los demás.

Friedrich Schlegel

El pensamiento de María Zambrano es mediador; discurre entre dos términos que, en un principio, constituyen sus condiciones, o límites, y su totalidad: la verdad y la vida. Verdad que lo es de un ser que aclara y convierte el múltiple sentido que la vida ofrece; vida con anhelo de ser reconocida, unificada, y desposada finalmente en aquel ser que le es propio, el lugar que la verifica.

«¿Cuál será nuestra verdad?» —se preguntaba, y nos preguntaba, María Zambrano desde su artículo «Hacia un saber sobre el alma», texto que podemos considerar magnífico compromiso y documento fundacional de su pensamiento. Ya entonces su respuesta fue tan rotunda como lo es hoy la confirmación que con su vida y su verdad recibimos de aquel voto cumplido: la verdad ha de ser «camino, cauce de vida». Aquí también se anunciaba lo que vendría a resultar la singular conquista de nuestra autora: «En este camino sentimos necesario un saber sobre el alma, un orden de nuestro interior»¹. Desde el «alma» María Zambrano otorga al «raciovitalismo» —que Ortega y Gasset formula, como expresión genuina de lo que es una constante en el pensamiento histórico hispano— una nueva configuración, la unidad que su mismo enunciado implica y requiere, la que María Zambrano nos revela: el alma, su «profunda claridad», el ser que es función de vida y vida en función del ser, nuestro ser vital íntegro, esto es, trascendente, «porque el hombre es el ser que padece su propia trascendencia»².

En nuestra lectura de la obra de María Zambrano ha sido este espacio de lo intermedio nuestro principal centro de atención, el lugar desde el cual nos ha parecido adecua-

* De los cinco apartados en que se organiza este artículo, los dos primeros fueron leídos en el Seminario sobre María Zambrano del II Encuentro Universitario de Literatura Hispanoamericana (La Rábida, abril 1986); los apartados tercero, cuarto y quinto, pretenden completar —y concretar— las ideas que allí fueron presentadas.

¹ «Hacia Un saber sobre el alma». En *Hacia un saber sobre el alma*. Ed. Losada, Buenos Aires 1950, p. 15.

² *La España de Galdós*. Ed. Gaya Ciencia. Barcelona 1982, p. 14.

do considerar su inagotable y compleja totalidad. El «sacrificio», precisamente, representa una de las categorías que nos permite tratar este orden unitivo y mediador que María Zambrano establece; orden que es capaz de integrar —como exigencia y función de sí mismo— la rigurosa unidad del ser, representada en el concepto filosófico, y la multiplicidad con que la imagen poética hace representación de la vida. El «sacrificio», como el «amor» o, su versión eminente, la «piedad», son categorías de la mediación, las cuales nos permiten concebir y verificar, en su indestructible singularidad, la forma peculiar de un tránsito que es trans-formativo, la homogeneización de lo heterogéneo o de lo antitético, la unificación que resuelve la antinomia, en este caso, entre la vida y el ser. Tal vez atendiendo debidamente a este tipo de categorías, que participan del ser y de la vida, podamos favorecer ese «tratar adecuadamente al alma», como nos pide y nos enseña María Zambrano, ofrecer algo de luz o, al menos, no obscurecer, alguna de esas «razones del corazón» que la «razón mediadora» va entendiendo.

Con este artículo «Hacia una poética del sacrificio» trataremos de indagar en un aspecto del pensamiento estético de María Zambrano: aquel que, partiendo de la noción de «sacrificio», nos orienta hacia una «poética», hacia una teoría de la creación verbal, donde el «sacrificio» se constituye en valor y condición de su resultado. Desde el origen religioso de esta categoría, de cuyo significado en el pensamiento de María Zambrano intentaremos dar muestra en la primera parte de nuestro ensayo, abordaremos, en la segunda, la función mediadora que la misma categoría desempeña entre los dos términos —«vida» y «ser»— a los que ya nos hemos referido. Habremos preparado con ello la posibilidad de pensar en el «sacrificio» como poética, es decir, como principio que engendra y sostiene y, por tanto, define, la palabra creadora. A ello nos referiremos en la tercera parte, para pasar a exponer, desde los textos de María Zambrano, lo que vendría a ser su teoría de la escritura y de los géneros, desde aquel principio «sacrificial» del pensamiento mediador, o poético, según intentaremos ir clarificando.

I: De la noción de «sacrificio»

La noción de «sacrificio» procede directamente del fenómeno y del pensamiento religioso. Los estudios contemporáneos en sociología y fenomenología de la religión localizan el acto sacrificial en un punto intermedio entre el orden que denominan de lo «profano» y el orden de lo «sagrado». Esta oposición «sagrado-profano» vendría a ser, a su vez, definición del hecho religioso. Como intentaremos explicar, para María Zambrano, al sacrificio le corresponde un orden propio, que es el de lo sagrado, el cual es mediador entre otros dos órdenes: lo profano y lo divino. En la «filosofía de la religión» de María Zambrano, aquel esquema binario, al que nos tienen acostumbrados los pensadores herederos de la escuela sociológica francesa y de la escuela fenomenológica, «sagrado-profano», se transforma en el esquema ternario «profano-sagrado-divino» donde lo sagrado representa el orden de la mediación, el lugar donde acontece el sacrificio. Nos detenemos para explicar esta diferencia de esquemas, la cual consideramos de relevancia para entender el alcance que en el pensamiento de María Zambrano puede tener la noción de «sacrificio».

Debemos a René Girard la tarea de clarificar, dentro del pensamiento antropológico, y a partir de su tesis de la «víctima propiciatoria», la importancia que para las culturas primitivas y para toda forma cultural representa el sacrificio. Girard reclama la necesidad de que el estudio antropológico tolere el orden de valores y de ideas específicos de las culturas en cuyo seno el acto sacrificial se constituye como fundamental; es decir, aceptar que «existe un misterio del sacrificio».

En su *Ensayo sobre la naturaleza y función del sacrificio*, Marcel Mauss, en colaboración con Henri Hurbert, discípulos ambos de Durkheim y promotores de la escuela sociológica francesa, propone una definición de la estructura sacrificial, como la forma de «establecer una comunicación entre el mundo sagrado y el mundo profano por el intermedio de una víctima, es decir, de una cosa destruida durante una ceremonia»³. Esta afirmación se articula bajo el principio de que lo «sagrado» corresponde al espacio colectivo, o social, frente a lo «profano» o individual; el sacrificio se entiende, entonces, como acceso a lo social desde lo individual. Vemos claramente el esquema dual al que nos hemos referido; en este caso, el binomio «profano-sagrado» se manifiesta en otro binomio: «individual-social», concepción que ya estaba contenida en *Las formas elementales de la vida religiosa* de Durkheim.

Discípulo ejemplar y continuador del pensamiento de Mauss es Claude Lévi-Strauss y, con él, la escuela estructuralista, en cuyo seno, como es sabido, el esquema binario encuentra su consagración. En *El pensamiento salvaje*, el famoso antropólogo vacía por completo el sentido que un acto ritual como el sacrificio pudiera contener: no responde a nada de lo que pudiéramos llamar «real», más bien tendríamos que decir que son actos que pertenecen al terreno de lo «imaginario», o de lo ilusorio. En términos diferentes, antropólogos como Frazer o Lévy-Bruhl analizaron la «barbarie» de los sacrificios primitivos, su naturaleza extraña al pensamiento moderno o civilizado, sin ser capaces, por lo tanto, de discernir en aquellas formas culturales aspectos de significado y alcance racional.

El mérito de René Girard ha sido, precisamente, rescatar este sentido cultural y social del sacrificio, a la vez que sugiere una nueva manera de considerarlo, como válida ilustración para nuestro tiempo. La ruptura con la tradición formalista, protagonizada por Girard, se inició con autores como Godfrey Lienhardt y Víctor Turner, quienes reconocen en el sacrificio una operación de «transfer» colectivo que se efectúa a expensas de la víctima y que actúa sobre las tensiones internas, los rencores, las rivalidades o estados de agresión en el seno de la comunidad. En Girard el sacrificio viene definido por la función que desempeña en la sociedad, muy próxima a lo que sería una peculiar manera de administración de la justicia: «El sacrificio —sostiene Girard— tiene la fun-

³ Marcel Mauss, en *Oeuvres*, t. I, Ed. Minuit, París 1968, p. 65 (hay ed. en español: Lo sagrado y lo profano, Obras, I, Ed. Barral, Barcelona 1970). Sobre el tema del «sacrificio» y su relación con la dialéctica «sagrado-profano» hay una amplia y selecta bibliografía en René Girard: *La violence et le sacré*, Ed. Bernard Grasset, París 1972 (en español: La violencia y lo sagrado, Ed. Anagrama, Barcelona 1983). Emile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Presses Universitaires, París 1968.

Claude Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage*, Plon, París, 1962.

Lévi-Bruhl, *La Mentalité primitive*, Presses Universitaires, París 1963; Frazer, *The Golden Bough*, 12 vols., Macmillan and Company, Londres 1911-1915.

Victor Turner, *The Ritual Process*, Aldine, Chicago 1969.

ción de apaciguar las violencias intestinas, e impedir que estallen los conflictos»⁴. Mediante el sacrificio se impide el desarrollo de los gérmenes de violencia y se ayuda a los hombres a mantener alejada la venganza. La víctima inocente, por el hecho de serlo, es quien propicia semejante restauración del orden.

Si atendemos brevemente a los estudios de la moderna fenomenología o ciencia de las religiones, de nuevo podemos constatar la presencia del esquema dual «profano-sagrado» y la deuda que, de esta manera, asume con los principios de la escuela sociológica francesa. Roger Caillois, en su conocido libro *El hombre y lo sagrado*⁵, adopta un texto de Henri Hurbert, donde se expresa el principio que define la religión como «administración de lo sagrado». En Rudolf Otto este binomio adquiere la versión de lo «racional» frente a lo «no-racional». Mircea Eliade, que presupone los estudios de Otto, aunque trata de estudiar lo sagrado en su totalidad (y no solamente en lo que ello comporta de irracional), mantiene en su sistema el principio dual, donde lo «sagrado» aparece como lo «real» por antonomasia para el pensamiento religioso, frente a lo «profano» o «irreal»; existen tiempos y espacios sagrados, frente a tiempos y espacios profanos.

Encontramos en Henri Bouillard una crítica importante sobre los límites de la estructura dual de la tradición sociológica y fenomenológica. Esta crítica se apoya en los estudios que Paul Mus realizó acerca de los ritos sacrificiales brahamánicos. Nos limitamos a señalar la necesidad que estos autores observan de remodelar el esquema explicativo de la fenomenología religiosa, mediante la inclusión de lo «divino», elemento esencial y perfectamente distinguible de lo «sagrado», lo cual nos lleva a la estructura trimembre que, como ya hemos dicho, caracteriza el método de María Zambrano.

Desde sus análisis, observa Mus: «Nos parece, en efecto, indispensable, para completar las conclusiones de nuestros estudios, añadir a la consideración del medio profano y del medio sagrado la de un tercer término: lo divino, que viene a unirse a lo profano en el plano de lo sagrado o de lo consagrado»⁶. Bouillard continúa la crítica, afirmando que para caracterizar la totalidad del fenómeno religioso, no basta con oponerlo a lo profano, sino que es preciso, además, distinguirlo de lo divino, y comprender que lo sagrado es un elemento de lo profano, recibido por el hombre como mediación significativa y expresiva de su relación con lo divino. La formulación de la estructura trimembre está preparada: «Atendemos —dice Bouillard— a la distinción de tres planos: profano, sagrado, divino, siendo lo sagrado intermediario o mediador entre lo profano y lo divino»⁷.

En realidad, sólo un esquema de esta naturaleza puede ser coherente con el carácter esencialmente mediador y con la posición central que atribuimos a lo sagrado en la religión. Esta crítica de Bouillard nos sugiere varias ideas que nos aproximan a la noción de «sacrificio» presente en María Zambrano: en primer lugar, la localización de lo sa-

⁴ Girard, R. La violencia y lo sagrado, op. cit., p. 10.

⁵ Roger Caillois, *L'homme et le sacré*, Gallimard, coll. «Idées», París 1950, p. 18. En esta línea de investigación se pueden consultar: Lo santo, de Rudolf Otto, Alianza Ed. Madrid 1978; Mircea Eliade, *Le sacré et le profane*, Gallimard, coll. «Idées», París 1965, y *Le mythe de l'éternel retour*, Gallimard, París 1949.

⁶ Cit. por Henri Bouillard, «La catégorie du sacré dans la science des religions», en *Le sacré. Etudes et recherches*, Aubier, Ed. Montaigne, París 1974, p. 44.

⁷ H. Bouillard, op. cit., p. 47.